

vencion de otras muchas artes muy importantes. Como su pais era llano, y gozaban de un cielo siempre puro y sereno, fueron los primeros que observaron el curso de los astros, y los primeros tambien que arreglaron el año. Aquellas observaciones naturalmente les inspiraron las primeras ideas de la aritmética; y si es verdad lo que dice Platon, que el sol y la luna han enseñado á los hombres la ciencia de los números, es decir, que se han comenzado á arreglar las cuentas por las de los dias, de los meses y de los años, los egipcios fueron sin duda los primeros que recibieron lecciones de estos maravillosos maestros. Los planetas y los demas astros no les han sido menos conocidos; y encontraron este gran año que refiere todo el cielo á su primer punto. Para reconocer sus tierras cubiertas todos los años por la inundacion del Nilo, viéronse obligados á recurrir á la agrimensura, por cuyo medio aprendieron la geometría. Fueron grandes observadores de la naturaleza, la que haciéndoles gozar de un aire tan sereno, y vivir bajo un sol tan ardiente, se presentaba entre ellos fecunda y en toda su lozanía. Esto es precisamente lo que les hizo inventar ó perfeccionar la medicina. Todas las ciencias fueron muy honradas entre ellos. Los inventores de las cosas útiles recibian en vida y despues de su muerte las dignas recompensas á que se habian hecho acreedores. Esto es lo que hizo consagrar los li-

bros de sus dos Mercurios, y que se conservasen y mirasen como libros divinos. El Egipto es el primero de todos los pueblos en donde se han visto bibliotecas. El título que se les daba inspiraba el deseo de entrar en ellas y de penetrar sus secretos: llamábaseles *el tesoro de los remedios del alma*. Efectivamente, en ellas se curaba la ignorancia, la mas peligrosa de sus enfermedades y el origen de todas las demas.

Una de las cosas que se procuraban inculcar mas y grabar en el ánimo de los egipcios era el amor á su patria. Ella, decian, es la mansion de los dioses: en ella han reinado durante millares de años: es la madre de los hombres y de los animales, porque la tierra de Egipto fecundada por el Nilo los habia producido, mientras que el resto de la naturaleza era estéril. Los sacerdotes que componian la historia de Egipto de esta série inmensa de siglos, que llenaban con fábulas y con las genealogías de sus dioses, lo hacian con el designio de grabar en el ánimo de los pueblos la antigüedad y la nobleza de su pais. Por lo demas, su verdadera historia hallábase circunscripta á unos límites muy razonables: pero gustábales perderse en un abismo infinito de tiempo, porque les parecia acercarse así á la eternidad.

Sin embargo, el amor de la patria se estribaba en fundamentos mas sólidos: porque el Egipto era en efecto el mas hermoso pais del

universo, el mas feraz, el mejor cultivado, el mas rico, el mas cómodo, y el mas embellecido por el cuidado y la magnificencia de sus reyes.

Todo era grande quanto concebian. Lo que han hecho con el Nilo es increíble. Rara vez llueve en aquel pais: pero el rio, que le riega todo con sus inundaciones periódicas, le trae las lluvias y las nieves de otros paises. Para multiplicar un rio tan benéfico le sangraron haciéndole atravesar por todas partes por una infinidad de canales de una longitud y de una anchura increíbles. El Nilo llevaba á todas partes la fecundidad con sus aguas saludables: unia las ciudades entre sí, al mar Grande con el mar Rojo, era el vehículo por donde se entretenia el comercio por dentro y fuera del reino, al mismo tiempo que le servia de defensa contra el enemigo; de manera que el Nilo era á la vez el sustentador y el defensor del Egipto. Se le dejaba abandonado el campo; pero las ciudades edificadas en alto por medio de obras inmensas, parecian unas islas flotantes encima de las aguas, desde cuya altura miraban con júbilo inundada toda la llanura fertilizada por el Nilo. Para quando la inundacion escedia á la que ordinariamente se verificaba, los reyes habian mandado hacer unos grandes lagos, á cuyo fondo iban á parar las aguas sobrantes. Tenian preparados sus desaguederos, y grandes esclusas que habian construido servíanles para abrir ó cerrar el paso

á las aguas segun era necesario: y de este modo proporcionándolas salida no se estancaban en las tierras sino lo que era necesario para abonarlas. Tal era el uso que se hacia de este gran lago, que se llamaba el lago de Myris ó de Mœris, que era el nombre del rey que le mandó hacer. Causa asombro quando se lee, lo que sin embargo es cierto, que tenia de circunferencia cerca de ciento y ochenta de nuestras leguas. Para no perder muchas de las buenas tierras, se procuró estenderle principalmente del lado de la Libia. La pesca solo del lago valia al príncipe sumas inmensas, y asi quando la tierra nada producía se sacaban del lago tesoros inmensos cubriéndola con sus aguas. Dos pirámides, en las que sobre un trono se hallaban colocadas dos estatuas colosales, que representaban á Myris y á su esposa, se elevaban á trescientos pies de altura en medio del lago, y tenían de profundidad dentro de las aguas otro tanto espacio; por cuyo medio hacian ver que habian sido erigidas antes de haberse llenado el lago, y que un lago de esta estension habia sido hecho por la mano del hombre bajo el reinado de un solo príncipe.

Los que no saben hasta qué punto puede aprovecharse la tierra, tienen por fabula lo que se refiere del número de las ciudades de Egipto; asi como tambien parece increíble su riqueza. No habia ciudad en que no hubiese templos

magníficos y suntuosos palacios. La arquitectura á la par que mostraba una noble sencillez era grande y magestuosa. En unas largas galerías se ostentaban esculturas que la Grecia tomaba por modelos. Tebas podia compararse con las mas hermosas ciudades del universo; sus cien puertas cantadas por Homero son conocidas de todo el mundo. Ella era de gran estension, y estaba tan poblada que se ha dicho que podia hacer salir simultáneamente diez mil hombres por cada una de sus puertas. Que sea exagerado este número, si se quiere, pero siempre aparece cierto que era ciudad muy populosa. Los griegos y los romanos celebraron su magnificencia y su grandeza, no obstante que ni los unos ni los otros alcanzaron á ver mas que las ruinas; tan augustos eran los restos que quedaban de ella.

Si nuestros viajeros hubiesen penetrado hasta el sitio en que aquella ciudad estuvo edificada, sin duda alguna hubieran encontrado alguna cosa incomparable en sus ruinas; porque las obras de los egipcios estaban de tal manera construidas que desafiaban al tiempo. Sus estatuas eran colosos, y sus columnas inmensas. El Egipto presentaba una gran vista, y causaba de lejos una impresion sorprendente y agradable, pero agradaba tanto mas á la vista, cuanto que la satisfacía con la exactitud de sus proporciones. Se han descubierto en la Saïde, (ya debeis

saber que este es el nombre que se daba á la Tebaida) templos y palacios todavía casi enteros, en que se han hallado innumerables de estas estatuas y columnas. Se admira en dicho parage un palacio cuyos restos y ruinas parece que no se han conservado mas que para oscurecer la gloria de todas las mas grandes obras. Cuatro corredores que se pierden de vista, y terminados por una y otra parte con esfinges de una materia tan rara como notable en su magnitud, sirven de entrada á cuatro pórticos de una altura que asombra. ¡Qué magnificencia y qué estension! Y aun todavía los que nos han descrito aquél prodigioso edificio no han tenido tiempo de pasearle por toda su circunferencia, y aun no están ciertos de haber visto la mitad; pero lo que han visto era magnífico y sorprendente. Una sala, que al parecer caía en el promedio de aquel soberbio palacio, estaba sostenida por ciento veinte columnas de seis brazas de grueso, grandes en proporcion, é interpoladas de obeliscos que habian sobrevivido á tantos siglos como ya habian pasado. Los colores, es decir, lo que se pierde mas pronto, se conservan todavía entre las ruinas de aquel admirable edificio, conservando todavía hasta su vivacidad: hasta tal punto sabia imprimir el Egipto el sello de inmortalidad á todas sus obras. Y si tales bellezas se encuentran en la Tebaida, cuáles no se encontrarían si se pudiese llegar hasta la ciu-

dad real, descubriendo tan lejos de ella cosas tan maravillosas?

Solo al Egipto ha sido dado erigir monumentos para la posteridad. Sus obeliscos forman todavía en el dia el principal ornamento de Roma tanto por su belleza como por su altura; y el poder romano desesperanzado de poderlguálar á los egipcios, ha creído deber limitar su grandeza tomando los monumentos de sus reyes.

El Egipto no habia visto todavía mayores edificios que la torre de Babel cuando concibió el proyecto de levantar sus pirámides, las que tanto por su figura como por su grandeza han logrado sobrevivir al tiempo y á los bárbaros. El buen gusto de los egipcios hizoles amar desde luego la solidez y la regularidad sin adornos. La naturaleza no nos indica por sí misma que es este el camino que debemos seguir, y al que, una vez salidos de él, nos cuesta tanto trabajo volver á entrar cuando se ha corrompido el gusto con novedades y otras extravagancias atrevidas? Sea lo que quiera, los egipcios gustaron de pensamientos atrevidos, pero ajustados á la regla del arte: no buscaron lo nuevo y lo sorprendente mas que en la variedad infinita de la naturaleza, y se gloriaban de ser los únicos que habian hecho, como los dioses, obras inmortales. No eran menos nobles que la obra las inscripciones que pusieron sobre las pirámides: hablaban á los espectadores. Una de ellas, edi-

ficada de ladrillo, advertia por su título que se guardasen de compararla con ninguna de las otras, porque decia "que era tan superior á todas las otras pirámides como Júpiter á todos los dioses."

Pero cualesquiera que sean los esfuerzos que hagan los hombres, su nada aparece por todas partes. Aquellas pirámides eran sepulcros; y los reyes que las levantaron no consiguieron ser en ellas inhumados ni gozar del sepulcro que se edificaran.

No os hablaria de aquel bello palacio llamado el Laberinto, si Herodoto que le vió no nos asegurara que era mas sorprendente que las pirámides. Se le edificó á la orilla del lago de Myris, y se le dió una vista proporcionada á su magnitud. No era tanto un solo palacio como un magnífico conjunto de doce palacios dispuestos regularmente, y que se comunicaban entre sí. Mil quinientas cámaras interpoladas de azoteas estaban colocadas con orden al rededor de doce salas, y los que entraban á visitarlas no sabian luego por dónde salir. Por bajo de tierra habia otros tantos edificios; y estos subterráneos estaban destinados para sepultura de los reyes; y tambien (¡quién podrá decirlo sin vergüenza y sin deplorar la ceguedad del espíritu humano!) para custodia de los cocodrilos sagrados, de que una nacion, por otra parte tan sabia, hácia sus dioses.

Os admirais de ver tanta magnificencia en los sepulcros del Egipto; nacia de que no solo se les erigia como monumentos sagrados que atestiguasen á los siglos futuros la memoria de los grandes príncipes, sino que se les miraba tambien como unas mansiones eternas. Las casas eran llamadas posadas, á donde no se residia mas que de paso, y durante una vida demasiado corta para poder poner término á todos nuestros deseos; en vez de que las verdaderas casas eran los sepulcros, en razon de que se debia habitar en ellos durante siglos infinitos.

Empero, no era sobre las cosas inanimadas sobre lo que el Egipto trabajaba mas. Sus mas nobles trabajos, y su arte mas bello, consistian en formar á los hombres. La Grecia estaba tan persuadida de ello que sus mas grandes hombres, como un Homero, un Pitagoras, un Platon, el mismo Licurgo, y Solon, estos dos grandes legisladores, y otros que no es necesario nombrar, fueron á aprender la sabiduria á Egipto. Dios quiso que el mismo Moisés *fuese instruido en toda la sabiduria de los egipcios*. Por esto fue por lo que él comenzó *á ser poderoso en palabras y en obras*. La verdadera sabiduria sirve para todo; y Dios no quiere que aquellos á quienes inspira descuiden los medios humanos que él mismo ha establecido tambien para que se adquieran conocimientos.

Los sabios de Egipto habian estudiado el ré-

gimen que sirve para formar los conocimientos sólidos, para hacer los cuerpos robustos, á las mugeres fecundas, y á los jóvenes vigorosos. Por este medio el pueblo crecia en número y en fuerzas. El pais naturalmente era sano; pero la filosofia les habia enseñado que la naturaleza quiere ser ayudada. Hay un arte para formar los cuerpos, así como el espíritu. Este arte, que nuestra indolencia nos ha hecho perder, era bien conocido de los antiguos, y el Egipto habia dado con él. A este fin empleaba principalmente la frugalidad y los ejercicios. En un gran campo de batalla, que fue visto por Herodoto, los cráneos de los persas fáciles de romperse, y los de los egipcios mas duros que las piedras con que estaban mezclados, mostraban la mollicie de los unos y la robusta constitucion que un alimento frugal y vigorosos ejercicios daban á los otros. La carrera á pie, á caballo y en los carros se practicaba en el Egipto con una agilidad y destreza admirables; no habia en el universo mejores ginetes que los egipcios. Cuando Diodoro nos dice que desechaban la lucha como un ejercicio que daba una fuerza peligrosa y poco duradera, ha debido hablar de aquella lucha bárbara de los atletas que la Grecia misma que la coronaba en sus juegos habia reprobado como poco conveniente á personas libres: pero con cierta moderacion era digna de hombres cultos; y el mismo Diodoro nos dice que el Mer-

curio de los egipcios habia inventado sus reglas asi como el arte de formar y robustecer los cuerpos. Del mismo modo debemos entender lo que dice este autor con respecto á la música. La que él supone que despreciaban los egipcios, como muy á propósito para inspirar la afeminacion, era sin duda aquella música muelle y afeminada que solo inspira los placeres y una falsa ternura. Porque aquella otra música generosa, cuyas nobles armonías elevan el espíritu y el corazón, los egipcios se guardaron bien de despreciarla, pues que, según el mismo Diodoro, su Mercurio la habia inventado, y habia inventado tambien el mas grave de los instrumentos de música. En la solemne procesion de los egipcios, en la que se llevaban en ceremonia los libros de Trismegisto, se veía marchar á la cabeza al director de la orquesta llevando en la mano *un simbolo de la música* (no sé lo que es) *y el libro de los signos sagrados*. En fin, el Egipto nada descuidaba para cultivar el espíritu, ennoblecer el corazón y fortificar el cuerpo. Los cuatrocientos mil soldados que mantenía en pie eran los ciudadanos á quienes se ejercitaba con mas cuidado. Las leyes de la milicia se conservaban fácilmente y como por sí mismas, porque los padres las enseñaban á sus hijos; y porque la profesion de la guerra como todas las demas pasaban de padres á hijos; y despues de las familias sacerdotales las que se estimaban mas

ilustres eran, como entre nosotros, las familias destinadas á las armas. No quiero decir por esto que el Egipto fuese una nacion guerrera. Por más que se tengan tropas regladas y bien entrenadas, por mas que se les ejercite á la sombra en las maniobras militares y en simulacros de combates, solo la guerra y los combates efectivos son los que hacen á los hombres guerreros. El Egipto era amante de la paz, porque lo era de la justicia, y solo tenia soldados para su propia defensa; contento con su pais, en donde todo abundaba, no pensaba en conquistas; procuraba estenderse de otra manera enviando colonias por toda la tierra, y con ellas la civilizacion y las leyes. Las ciudades mas célebres iban á aprender á Egipto sus antigüedades y el origen de sus mas bellas instituciones. Se le consultaba de todas partes acerca de las reglas de la sabiduría. Cuando los de Elide establecieron los juegos olímpicos, los mas ilustres de la Grecia fueron enviados en una embajada solemne á pedir la aprobacion de los egipcios, y aprendieron de ellos nuevos medios de promover la emulacion entre los combatientes. El Egipto reinaba por sus consejos; y el imperio del saber y del talento parecióle mas noble y mas glorioso que el que se establece por las armas. No obstante que los reyes de Tebas fuesen sin comparacion los mas poderosos de todos los reyes del Egipto, jamas emprendieron nada contra las di-